

AL ESPEJO DE FÍLIS.

Cristal, como eres liso, puro y llano,
No sabes lo que importa el fingimiento;
A Filis, enseñando su hermosura,
Igualaste lo altivo con lo bello.
Tan niña como Amor era mi Filis,
Cuando te señaló por consejero,
Contigo consultando los designios
De encadenar á todo el universo;
Si entónces tú sus fuerzas la ocultaras
Mil daños evitaras á este pecho,
Primer cautivo que en él de ella tuvo
Encanto y cárcel con dorados hierros.
Pero tú claramente lo dijiste,
Que no igualaba el oro á sus cabellos,
Y que en ellos tenía mil tesoros
Para soborno del entendimiento;
Que no había en el mundo tales dardos
Como los rayos de sus ojos negros.
Entró en campaña, y con tan fuertes armas
Miró y triunfó de todo el orbe entero.
De los ojos humildes y postrados
El lánguido bajar rendido y tierno,
Para templar las iras de un amante
Cuanto conviene para sus intentos;
El levantar los ojos enojados
Con aire majestuoso de desprecio,
Para enfrenar de algun osado amante
En su pasión el atrevido afecto;
El inquieto volver con gozo ó susto
Los ojos por la tierra ó por el cielo,
Para encontrar errantes por el aire
Los de un amante fácil y ligero;
El pararlos también á un solo punto
Para fijar los de un amante inquieto,
Y las demás funciones de los ojos
Tú la enseñaste y todos padecemos.
Tu escuela la enseñó de las risitas,
Más ó menos fingidas, los misterios,
Tapando con gracejo el abanico
Los dientes, que en la risa ya se vieron;
El asomar las lágrimas, si acaso
Han de causar algun terrible efecto,
Y el retirarlas cuando á la tristeza
Conviniere mezclar algun tormento;
Aquel llevar la mano á la cabeza,
Tomando flor ó cinta por pretexto,
Y siendo el enseñar la hermosa mano
El solo fin de tan sutil manejo.
Todos estos sabidos artificios,
Con muchos más, que para mí reservo,
Tú solo la enseñaste; mas no sabes
Cómo se vale de la fuerza de ellos.
¡Ay! no la digas más las perfecciones
Que en su hermosura deposita el cielo,
O pide á las deidades que de bronce
Pongan un corazón en este pecho.

FELICIO, NUEVO AMANTE DE FÍLIS.

¡Estás envanecido, oh nuevo amante,
De esta conquista que antes era mía,
Pensando mantenerte eternamente?
Si discurre que tú la harás constante,
Te engaña tu infelice fantasía,
Como la mía me engañó inocente,
Un rápido corriente,
El más veloz venado,
El mar más encrespado
Es ménos imposible que detengas,
Que no que un solo punto te mantengas
En ese corazón, que me ha dejado,
Y es bien que te prevengas
A verte, cual me ves, abandonado.
Ni creas juramentos numerosos,
Por sus hermosos labios repetidos,
Y por sus bellos ojos confirmados;
En lances los más tiernos y amorosos
Los recibieron estos mis oídos,
Entre tan dulces voces encantados,

¡Ay! fueron quebrantados
Tan altos juramentos,
Y de los elementos
Niaguno me dejó de ser testigo.
Su falso pecho, pues fingió conmigo,
Has de temer, aunque insensato seas,
Que fingirá contigo,
Por más que entre fortunas hoy te veas.

TRADUCCION DE HORACIO.

Léjos, léjos de mí, vulgo profano;
Oídme, gentes, metros nunca oídos;
Que, como sacerdote de las Musas,
A las vírgenes canto y á los niños.
Los pueblos temen á sus sacros reyes,
Y los reyes también tiemblan, rendidos
Ante el excelso trono del gran Jove,
A cuyo ceño el cielo y el abismo
Se mueve obedeciendo, y cuya mano
Aterró á los gigantes atrevidos.

REMITIENDO Á UN POETA JÓVEN LAS POESÍAS
DE GARCILASO CON ALGUNOS VERSOS MIOS.

Si mis ásperos metros yo te envío
Con dulces versos del divino Laso,
No juzgues que el orgullo necio mío
Me finja que le ignale en el Parnaso.
Lo hago porque juntas quiero darte,
Con prendas de mi amor, reglas del arte,

MUDANZAS DE LA SUERTE.

Es cosa natural
Trocarse el bien en mal;
Y sucede también
Trocarse el mal en bien.

EJEMPLO PRIMERO.

Con vengativa y poderosa mano
El padre y rey supremo
De hombres y dioses, Jove soberano,
Tantos rayos vibró como hay estrellas
En su mansion divina,
Y en uno y otro extremo
Del orbe estremecido
Cayeron las centellas.
Oyese el cruel ruido,
Temióse la ruina,
Y los hombres creyeron que reinaba
Aquél, cuyo furor los espantaba.
Los límites rompió del mar salado
El dios á quien fue dado
El imperio del mar y el gran tridente,
Y donde templo y gente
Y campo y monte había;
Hasta aquel crudo y horroroso día
Hicieron resonar con tristes sonos
Sus retorcidas conchas los tritones,
¡Triste mortal! creyeras,
Si aquel estrago vieras,
Que de peees la inmensa muchedumbre
Del Guadarrama andara por la cumbre,
Que apenas pasan las ligeras aves,
Y aun más juzgaras que las grandes naves
(Como la que tremola
La bandera española,
Del nombre de Filipo guarnecida,
Y del inglés Matheus tan temida)
Pasáran por las ásperas montañas
De nevada cabeza,
Con que naturaleza
La Europa separó de los Españas.
También soltó la rienda á su elemento
El que contiene uno y otro viento
En una cueva, cuya sacra puerta
Solamente fué abierta

Lo que nos fué más grato!
Pues ¡qué fin tuvo el célebre aparato?
El héroe quiso hablar, y de repente
Le acometió feroz un accidente
Y se murió; gimió toda la sala
Y en luto se trocó toda la gala.

SOBRE NO QUERER ESCRIBIR SÁTIRAS.

Ciertos hombres adustos,
Llenos de hipocondria,
Que vinculan sus gustos
En desterrar del mundo la alegría,
Como amantes por otros despreciados,
Sabios empobrecidos,
Poderosos caídos,
Hijos malos ó padres mal casados,
Me dicen que dejando la ternura
Con que mi musa sabe
Cantar con tono suave
Tus gustos, Baco; Venus, tu hermosura;
En vez de celebrar estos placeres,
Hable mal de los hombres y mujeres,
Sin reparar el labio enfurecido
De esta implacable gente
Que á todo hombre viviente,
En cualquiera lugar que haya nacido,
Sea iroques ó patagon gigante,
Fiero hotentote ó noruego frío,
O cercano ó distante,
Le miro siempre como hermano mío,
Recibiendo en mi seno,
Al malo con piedad, con gusto al bueno,
Léjos de contentarme,
Prosiguen con más fuerza en incitarme
A que deje los huertos y las flores,
Pastoras y pastores,
Viñas, arroyos, prados,
Ecos enamorados,
La selva, el valle, la espesura, el monte,
Y que no inste al dulce Anacreonte,
Al triste Ovidio, al blando Garcilaso,
A Catilo amoroso, á Lope fino,
Ni á Moratin divino,
Que entre éstos tiene asiento en el Parnaso;
Sino que la tranquila musa mía,
De paloma que fué, se vuelva arpía;
Que los vicios pondere con fiera
Y haga gemir á la naturaleza
Bajo los golpes de mi ingrata mano.
Con esto todos, á cual más ufano,
Me refieren los vicios de los hombres
Con horrosos nombres,
Como astucia, rencores, inconstancia,
Bajeza, tiranía,
Codicia y arrogancia,
Traicion, ingratitud é hipocresía.
Pero así como tiemblan sorprendidos
Los villanos de un pueblo, acostumbrados
A su quietud, cuando la vez primera
Penetra sus oídos
La música guerrera,
Cuando llegan soldados
De rostro fiero y de extraños trajes,
Con estrépito horrendo
De hombres, de caballos y equipajes,
Y se dividen con igual estruendo
Por la pequeña plaza en cortos trozos,
Y los viejos refieren á los mozos
Que aquellos hombres matan á la gente
Y se comen los niños fieramente,
Y cada madre esconde y encomienda
A su dios tutelar la dulce prenda
Del matrimonio santo;
Pues así yo con no menor espanto
Oí los nombres y ponderaciones
De vicios y pasiones,
De que tal vez privados no se hallaban
Los mismos que en los otros los tachaban,
Y vi que el solo digno de censura
Es el que ponderarlos más procura,

Por complacer á la divina hermana
De Jove, que tirana,
Las naves del troiano perseguía;
Y Vulcano, á quien poco parecía
Forjar los rayos para el dios tonante,
Cien Vesubios produjo en un instante,
Y ardió la mar y cielo, y aire y tierra,
Y cuanto el orbe encierra.
¡Con qué terror los miserios mortales
Temblaron y lloraron
El cúmulo de males
Que juntos los cercaron!
¡Nada valió contra el peligro y susto
La ciencia al sabio, la virtud al justo?
¡Qué fin tuvo, decid, el día aciago,
Oh Musas, que pintasteis este estrago?
Pasó la tempestad, calmóse el día,
Y se trocó el terror en alegría.

EJEMPLO SEGUNDO.

Por industria de sabios profesores,
Y trabajo de esclavos bien premiado,
Está ya preparado
Con extraños primores
El soberbio salon para las fiestas,
Con lujo están dispuestas
Las mesas, con licores y manjares
Traídos por los mares
De cuanta tierra yace diferente
Desde el umbral del sol hasta Occidente.
Los vasos de oro y los de bronce
Que el arte es superior á los metales,
Los de piedras preciosas
Y los adornos varios
(Despojo bien ganado á los contrarios),
Coronados de rosas,
Cubren las mesas, llenas las memorias
De batallas, trofeos y victorias.
La música de bélicos acentos,
Mezclados con suaves instrumentos,
Que alternan de la corte y la campaña
Los gustos y la saña,
O ya tierna ó ya grave,
Aplauden el nombre invitado del que sabe,
Guardando la memoria de la guerra,
Gozar los bienes que la paz encierra,
Junta con nuevo arte
Tus gustos, Venus, tus venganzas, Marte.
¡Con qué bella arrogancia
Aguardan ya las niñas el momento
Que ha de romper lo dulce de su acento
Por el aire ocupado con olores,
O ya de pomos de sutil fragancia,
O ya de suaves flores!
Unas á otras se miran,
Se envidian y se admiran,
No porque envidia rigurosa sientan,
Sino por el anhelo
Con que todas intentan
Levantar hasta el cielo
El nombre victorioso
Del héroe que en un carro primoroso
(Que fué de un grande príncipe vencido)
Llega ya rodeado, y conducido
De un séquito de nobles que á su lado
Habían noblemente peleado.
En medio de una turba de doncellas
De tierna edad y de beldad cumplida,
Que anuncian su venida,
Llega Flora, mayor que todas ellas,
Como en el fresco prado,
De flores esmaltado,
Se distingue la rosa.
El llega, y ella presurosa...
Pero ¡qué es lo que miro?
¡Si será realidad lo que yo miro?
Cuando creí que el gusto,
La pompa, la delicia, la hermosura,
Los placeres, la música, la danza...
¡Qué poco el gozo dura!
¡Qué súbita mudanza!
¡Cómo se trueca en susto

Sin otro fin que el ostentar ingenio
En la mordacidad, ira y rencores;
Y así vuelvo á cantar, según mi genio,
Tus viñas, Baco; Venus, tus amores.

EPÍSTOLA DEDICADA Á ORTELIO.

Desde el centro de aquestas soledades,
Gratas al que conoce las verdades
Y la complicación de los engaños
Del mundo, y aprovecha desengaños,
Te envío, amado Ortelio, fino amigo,
Mil pruebas del descanso que consigo.

Ovidio en tristes metros se quejaba
De que la suerte no le toleraba
Que al Tiber con sus obras se acercase,
Sino que al Ponto cruel le destinase;
Mas lo que de poeta me ha faltado
Para llegar de Ovidio á lo elevado,
Me sobra de filósofo, y pretendo
Tomar las cosas como van viniendo.

¡Oh, cómo extrañarás, cuando esto veas,
Y sólo bagatelas aquí leas,
Que yo, criado en facultades serias,
Me aplique á tan ridiculas materias!
Ya arqueas, ya levantas esas cejas,
Ya el manuscrito de la mano dejas,
Y dices: « Por juguetes semejantes,
¿ Por qué dejas los puntos importantes?

¡No sé por qué capricho tú ya olvidas
Materias tan sublimes y escogidas!
» Por qué no te dedicas, como es justo,
A materias de más valor que gusto?
Del público derecho, que estudiaste
Cuando tan sábias córtes visitaste;
De la ciencia de Estado y los arcanos,
Del interés de varios soberanos;

De la ciencia moral, que al hombre enseña
Lo que en su obsequio la virtud empeña;
De las guerreras artes que aprendiste
Cuando á campaña voluntario fuiste;
» De la ciencia de Euclides demostrable,
De la física nueva deleitable,
¿ No fuera más del caso que pensarás
En escribir aquello que notarás?

¿ Pero copillas, y de amor? ¡Ay tristel
Perdiste el poco seso que tuviste.»
¿ Has dicho, Ortelio, ya cuanto, enfadado,
Quisiste á este pobre desterrado?
Pues mira, ya con fresca y quieta flemma
Te digo que prosigo con mi tema.

De todas estas ciencias que refieres
(Y añade algunas otras, si quisieres),
Yo no he sacado más que lo siguiente:
Escúchame, por Dios, atentamente;
Mas no, que más parece lo que digo
Relación que no carta de un amigo.

Si miras mis sonetos á la diosa
De todas las antiguas más hermosa,
El primero dirá con claridades
Por qué dejé las altas facultades,
Y sólo al pasatiempo me dedico;
Que los leas despacio te suplico,
Y si conoces que razón me sobra,
Calla, y no juzgues que es tan necia mi obra,
Pero si acaso omites este asunto,
Y la crítica pasas á otro punto,
Cual es el que contiene la obra mía,
Faltas contra la buena poesía.

Conozco tu razón, mas oye atento;
Con Ovidio respondo á tu argumento:
*Si qua meis fuerint, ut erunt, vitiosa libellis,
Eccusata tuo tempore, lector, habe.*
*Esculturam; requiesque mihi non fama petita est;
Mens intenta suis ne foret usque malis (1).*
Significa (y perdona la osadía
De interpretar de Ovidio la armonía,
Porque en la traducción es consiguiente

(1) Ovidio, lib. IV, *Trist.*, eleg. 1, v. 1, 2, 5, 4.

Que pierda la dulzura competente,
Como sucede á todos los autores
En manos de mejores traductores):

El tiempo en que esta obra yo compuse,
Las faltas que hallarás, lector, excuse.
Quietud busqué, no fama, desterrado,
Por distraer á mi alma del cuidado.

Adios.

INVOCACION DEL OVIDIO Á LA MUSA.

¡Oh musa, que de Ovidio condujiste
La pluma magistral en los amores!
Pues sentido he, como él, fieros rigores,
La gracia que á su pluma concediste,
A la mía concede sus ardores.

A Ovidio se parezca en esta gracia
Quien tanto se parece en su desgracia;
Aparta de mi pluma y de mi mente
Conceptos viles, bajas expresiones;
Destierra lo ordinario y lo indecente,
Frecuente en los comunes corazones.

Haz que mi pluma, niña en lo eminente,
Esmalte en sus poemas sus blasones
Tanto, que, por el vulgo no entendida,
Sea sólo de sabios aplaudida.

Del español Olimpo muchas diosas
(Cuyas iras te juro son funestas),
Si mucho más que Venus son hermosas,
Mil veces más que Pálas son honestas,
Mis obras en sus manos primorosas
Algún felice día serán puestas,
Y viendo alguna voz torpe y oscura,
Convertirán en cenizo su hermosura.

Ortelio, cuyo genio Apolo sabe,
Pues es del dios Apolo conocido,
Es de carácter noble, fino, suave,
Y Ortelio es el Mecenas que he elegido.

No creas que jamás su genio alabe,
Sino lo más sublime y escogido,
Y la serenidad de su semblante
Se ofuscará en lo torpe ó disonante.

LAMENTASE UNA PASTORA DE LA INJUSTICIA DE SU MADRE EN LAS SIGUIENTES SEXTAS Á LA CODICIA.

Si usurpas la justicia,
¿ No basta á tus furros,
Sin querer tu malicia,
El dominio usurpar de los amores?
¿ Por qué diste á mi madre un poderío
Que tú no tienes en el pecho mío?

Tu fuerza prodigiosa,
Con arrancar el mundo de sus ejes
Conténtese ambiciosa,
Como al amor en sus resortes dejes,
Todo el mundo te cedo como tuyo;
Pero tú deja á Venus lo que es suyo.

¡Oh! ¿ Cómo has permitido,
Venus, que de una madre la codicia,
Del fruto de Cupido
No ofreciese á ti sola la primicia,
Reservándose, injusta,
La ley que sólo á ti sería justa?

Una tierna pastora
Con flores sus amores fina ostenta
Al dueño á quien adora,
Símbolo de su pecho le presenta;
Regalarte una flor mi alma medita,
Silvio, mas ¡ah mi Silvio, qué marchital

Intacto está mi pecho,
¿ Goza de su ternura, Silvio amado,
Seguro y satisfecho
De que nadie hasta ahora la ha logrado!
Esta prenda te pruebe mi ternura;
Que la otra, sin ésta, no es fineza.

CARTA Á AUGUSTA, MATRONA QUE, INCLINADA Á LA FILOSOFÍA, EMPIEZA Á FASTIDIARSE DE LA CORTE.

¡Egrecia Augusta mía!
Me dices en tu carta celebrada
Que á la filosofía
Alguna vez te sientes inclinada;
Recíbela en tu pecho, persuadida
Que ella es el solo bien de nuestra vida.

Tristes son los mortales
Que fingen en su idea diversiones;
Sus fuerzas desiguales,
Al peso de sus males y aficciones,
Con exteriores gustos y contentos
Ocultan lo interior de sus tormentos.

Al filósofo, Augusta,
En cada punto la naturaleza
Obsequia, sirve y gusta.
Todo es para él quietud, todo riqueza,
Ni se acaba el contento que recibe;
Vive feliz, y muere como vive.

El vulgo de los hombres
Vive entre pena, envidia, llanto y susto;
Su vida (no te asombres)
Apénas por mil penas logra un gusto,
Y aún ese acaba y pasa tan temprano,
Que aún no le goza el corazón humano.

Recibe, pues, prudente,
La luz que ya comienza á iluminarte,
Agradece el presente
Que quieren las estrellas regalarte;
El tiempo te dirá lo que has ganado,
Y la razón dirá lo que has dejado.

De la corte te asienta,
El filósofo en ella es despreciado,
Pues ni finge, ni ostenta,
Ni adula, ni es ansioso, ni es osado.
Vente á la aldea; su sencilla vida
A la naturaleza es parecida.

Por los campos el sabio
Usa de aquel derecho incontrastable
De que su justo labio,
Cual siente el corazón, se explique y hable:
Al malo llama malo, al necio, necio,
Y á cada cosa da su justo precio.

El pecho, sin el susto
De tanto respetillo, enajenado,
Concibe, como es justo,
Lo que el alma tranquila le ha dictado;
Y el alma, sin ficciones misteriosas,
Recibe las especies de las cosas.

Deja lo artificioso,
Desprecia la lisonja y la mentira,
Olvida lo estudianto,
Abandona ese fausto que te admira;
La corte y las locuras que eslabona
Deja, desprecia, olvida y abandona.

Aprecia lo apacible,
Busca lo que es sencillo y placentero,
Goza de lo plausible,
Experimenta un gozo verdadero.
Al campo y los placeres que presenta
Aprecia, busca, goza, experimenta.

Esos coches dorados,
Esos encajes, telas y diamantes,
Esos muchos criados,
Esos timbres, blasones arrogantes,
Olvida, pues no gozas de ellos nada,
Siendo ménos señora que encantada.

Esta alegre campaña,
Este bosque, vergel, jardín y prado,
Este arroyo que baa
Este tesoro para ti guardado,
Disfruta, pues, con pródiga franqueza
Toda la liberal naturaleza.

Verdad es que en la aldea,
De fatuos una turba bulliciosa
Que tu toaleta vea,
No puedes encontrar, Augusta hermosa:
Pero hallarás pastoras y pastores

Que te cubran el lecho con mil flores,
Ni el paje primoroso,
Ni la criada antigua y estimada
Un almuerzo sustnoso
Presentará en vajilla bien labrada,
Pero la leche blanca cual tu frente
Permitirás mi mano te presente.

Ni polvos, ni pomada,
Cintas compuestas, aguas ni alfileres
Te ofrece mi morada,
Ni espejo, consejero de mujeres;
Podrás en un arroyo divertirte,
Lavarte, poner flores y vestirte.

Los muchos ornamentos,
Que el lujo cada día multiplica,
Son fuertes argumentos
De lo que el artificio fructifica;
Mas sólo pueden engañar al necio,
Como ellos acreedor á tu desprecio.

Aquí, que solamente
Tendrás que divertirte y recrearte,
Vestida lisamente,
Serán superfluos compostura y arte;
Agraviado debe ser á la hermosura
El ofrecerla afeitado y compostura.

Después que estés vestida,
Visita no tendrás ni concurrencia
En que esté establecida
Murmuración, mentira ni demencia;
Un sencillo pastor y su pastora
A saludar vendrán á su señora.

A la hora destinada
Para el preciso natural sustento,
La mesa preparada
Verás en un ameno *apartamento*
Con sazonado gusto y alegría,
Sin plata, sin primor ni simetría.

No esperarás sensuales
Mezclas de mil sustancias combinadas
De peces, de animales
Y de aves, con las salsas delicadas,
Que en un pequeño plato han reunido
Todo cuanto este mundo ha producido.

Pero hay los pichoncitos
Que en casa por mi mano he sustentado,
Los frescos pececitos
Que en las vecinas aguas he pescado,
Y un jabalí pretendo regalarte
Que en el bosque maté por obsequiarte.

Pues ¡qué de las sabrosas
Riquezas de los troncos que he plantado!
¿ Qué peras tan gustosas!
¿ Qué pero tan hermoso y colorado!
Tendrás en mi vergel melocotones,
Naranjas, brebas, limas y melones.

Después que hayas comido,
Si buscas el descanso y el reposo,
Ya te tengo escogido
Un paraje encantado y delicioso
En una parte del jardín de casa,
Por donde el Ebro en miniatura pasa.

Los árboles, cargados
De flores olorosas, hacen techo
Con ramos enlazados,
Con que el furor del sol queda deshecho
Mil pájaros, gozando la frescura,
Se burlan de su ardor en la espesura.

Al pie de un mirto ameno
Te pondré con mis manos una cama,
No de pluma relleno,
Sino de azar, jazmín y verde grama;
A sus lados dos fuentes van tocando,
Que los van defendiendo y refrescando.

No temas los mosquitos,
Ni abispas, en los huertos tan frecuentes;
Habrá mil cefiritos
Que con sus alas anden diligentes.
No temas; dormirás tan descansada,
Que tu cama será bien envidiada.

De tantos cefirillos,
De tantas aguas claras y ligeras,
De aquellos arbolillos,

De las aves sonoras placenteras
 Los trinos, el ruido y el mormullo
 Te servirán de lisonjero arrullo.
 No soñarás, te juro,
 Y en caso que tú sueñes, dueño mio,
 Será sueño seguro
 De terror y fastidio;
 Será agradable y dulce como el puesto
 Que á conciliar el sueño te he dispuesto.
 Despues, si tú quisieres
 Dar un paseo, no he de conducirte
 Adonde mil mujeres
 Pretendan, envidiosas, maldecirte,
 Y mil hombres, ansiosos de burlarte,
 Empiecen con mentiras á engañarte.
 A la corte dejemos
 Ese que allí paseo delicioso
 Llamen; acá busquemos
 Otros cuyo placer sea gozoso;
 Encontrar en el campo ameno, llano,
 Uno por cada día de verano.
 De vuelta del paseo,
 Teatro ni tertulia concurrida
 No pida tu deseo,
 Como en la corte se halla establecida;
 Se juntan en mi casa mil pastores,
 Y tratan varias cosas y áun amores.
 Despues de esta asamblea,
 En que ni la virtud ni honor se ofende,
 Y el alma se recrea
 Y por el campo de placer se extiende,
 Cada uno se recoge á su cabaña
 Con paz, que entre los grandes es extraña,
 No pienses que se olvide
 La dulce idea del amor, Augusta;
 El campo nunca impide
 Una pasión que al alma tanto gusta;
 Antes con su quietud y diversiones
 Se llenan más de amor los corazones.
 Si es natural instinto
 El principio de amor en nuestro pecho,
 En el verde recinto
 Siempre se halla gozoso y satisfecho,
 Pues en el campo la naturaleza
 Ostenta su primor y su grandeza.
 Verás cómo el jilguero,
 Entre los ramos de vergel, parece
 Que obsequia placentero
 A la jilguera que su amor merece;
 Dulzuras la persuade cuando canta,
 Su corazón anima á su garganta.
 ¡Si vieras cuál corteja
 El eficaz pichón á su consorte!
 ¡Qué fino la festeja!
 No hay tan finos amantes en la corte,
 Verás cómo ella paga su fineza
 Con gusto, con halago y con ternura,
 El toro bruto, horrendo,
 Feroz, precipitado y espantoso,
 Se ve, ménos tremendo,
 Que se despoja de su ardor furioso,
 Y se llega á su vaca tan rendido
 Como el galán más tierno y derretido.
 Hasta las plantas tienen
 Sus lances amorosos extremados;
 Verás cómo entretienen
 Las vides á los olmos abrazados;
 Mil brazos de sus pechos van saliendo,
 Y todos á los olmos ofreciendo.
 Mil veces me he parado
 Al ver cómo el imperio de Cupido
 Más lejos ha llegado
 Que el del conquistador más atrevido.
 Filósofo yo soy... y te prometo
 Que estuve por rendirte mi respeto;
 Con que, si tú quisieras
 Abandonar la corte, fausto y arte,
 Y si no te atrevieras
 A dejar del amor el estandarte,
 Ven por acá, que aquí te buscaremos
 Un amante tal cual como le hallemos,
 Si ya (como se estila)

Tuvieras en la corte quien lo sea
 En posesion tranquila,
 Contigo le traerás á que esto vea,
 Como sus artificios no adulteren
 La sencillez de aquellos que lo vieren.
 Pero si el tal amante
 (No obstante que en la corte se ha criado)
 Fuese fino y constante,
 Discreto sobre todo y moderado,
 Le nombrarémos rey de los pastores
 Y juez de este distrito y sus amores.
 Augusta, no te rias
 De lo que va mi pluma á proponerte;
 De tus coquetterias
 Me temo contra mí quieras valerte.
 Iba á decirte... mas... no digo nada,
 Que te estoy viendo echar la carcajada.
 Pero allá voy, no obstante:
 Decía que si acaso no tuvieras
 A estas horas amante,
 Ni buscarle quisieras...
 Aquí estoy yo, filósofo sin duda;
 Mas piensa que el amor todo lo muda.
 Del ciego dios alado
 He visto más milagros prodigiosos
 Que hay en el verde prado
 Flores y pajarillos armoniosos;
 Hace jocoso al serio, alegre al triste;
 Y á su suave poder nada resiste.
 ¡Cuántos conquistadores
 Perdieron de sus triunfos todo el fruto
 Porque de sus amores
 Marte ofreció á su Vénus el tributo,
 Y marchito el laurel de sus proezas,
 Con mirto coronaron sus cabezas!
 ¡Cuántas veces los jueces
 De su recta justicia se olvidaron,
 Y en injustos dobles
 Su vara á las beldades inclinaron!
 ¡Cuántas veces, de recta, la han torcido
 En arco corcovado de Cupido.
 ¡Cuántas el marinero,
 Insigne por el arte y valentía,
 Se escapa del severo
 Océano, que riesgo le ofrecía
 En los golfos, escollos y en arenas,
 Y viene á naufragar en las sirenas!
 Más ejemplos citara
 Si fuera necesario el ir probando
 Una verdad tan clara,
 Que todos pueden ir atestiguando;
 Lleve su mano cada cual al pecho,
 Los milagros verá que amor ha hecho.
 Verás con qué presteza
 Me quito aquesta barba respetada,
 Verás esta cabeza
 Con flores y con cintas adornada,
 Y en un vestido alegre y primoroso
 Trocado el sayo oscuro y espantoso.
 De mi filosofía
 Estos despojos juntaré, y haciendo
 Una ara sacra y pia,
 Irélos á mi Vénus ofreciendo
 Con dos palomas, para que propicio
 Su núnmen no desprecie el sacrificio.
 Y luego te aseguro
 Que ayer á un arroyuelo me miraba;
 Por Cupido te juro
 Que un rostro regular representaba,
 Y bien sea verdad ó bien deseo,
 Yo me decía: «No, no soy tan feo.»
 Mis ojos no se vieron
 Ni chicos, ni llorosos, ni apagados;
 Sabes que merecieron
 Ser de otros (¡qué hermosos!) bien mirados;
 Los dientes áun conservan su blancura,
 Y el uno y otro labio su frescura.
 Vamos claros: suspiran
 Cada día los hombres nada hermosos;
 Las damas los admiran
 Como prodigios raros y pasmosos;
 No es el amor por cierto en las mujeres

El que distingue más de pareceres.
 Yo mismo, cuando niño
 (Pasé aquel tiempo alegre como sueño),
 Fui visto con cariño
 De una deidad, que me llamó su dueño;
 Tú puedes repetir lo que ha pasado
 Mil años há, si quisieses lo empezado.
 Este es el campo ameno,
 Este soy yo, filósofo ó amante,
 Este el tiempo sereno
 Que pasa en un retiro semejante;
 Mas no lo creas, ven á ser testigo,
 Augusta, y á gozar de ello conmigo.

Á LAS NINFAS DE MANZANARES,
 OFENDIDAS POR UN LIBELO QUE SE LE ATRIBUYÓ
 AL AUTOR, CON CUYO MOTIVO SALIÓ DE MADRID
 LA NOCHE ÚLTIMA DE OCTUBRE DE 1768.

Ninfas de Manzanares,
 Felices y adorables semidiosas,
 Oid de mis pesares
 Los ayes y las quejas lastimosas;
 Tantas agnas no lleva vuestro río
 Como lágrimas vierte el llanto mio.
 Madrileñas divinas,
 Cuya dulzura, halago y genio afable,
 Cuyas miradas finas
 El genio ablandarán más intratable,
 Si al cielo pide el hombre su consuelo,
 Yo mi consuelo pido á vuestro cielo.
 Algun astro, celoso
 De la inmensa fortuna que gozaba
 Mi corazón dichoso,
 Mis indecibles dichas envidiaba,
 Y por tanto, cortó con golpe airado
 Mi vuelo, hasta los cielos remontado.
 Y si fuisteis diosas
 En el castigo acerbo que me disteis,
 Y mujeres furiosas
 Por el mal proceder con que lo hicisteis
 (Pues por un crimen nunca comprobado,
 Fui, antes que convicto, castigado),
 Volved á ser deidades,
 La bondad vuélvase á vuestro pecho,
 ¡Ah! cesen las crueldades,
 Y unid el corazón que habeis deshecho;
 Así como despues que el rayo aterra,
 El iris une al cielo con la tierra;
 Para que el corazón mio,
 Sus penas olvidando y sus pesares,
 Llegando á vuestro río,
 Las orillas besando á Manzanares,
 Repita ya sin voces lastimosas:
 «¡Cuán adorables sois, oh semidiosas!»

GUERRAS CIVILES

ENTRE LOS OJOS NEGROS Y LOS AZULES.

Ardía el reino entero de Cupido
 En bandos y civiles disensiones;
 El yugo del dominio sacudido,
 Aspiran á cual más los corazones;
 Todo mortal se puso enfurecido
 Contra sus infalibles decisiones;
 Alguna vez el hombre libre había
 De rechazar tan dura tiranía.
 Vénus, acostumbra eternamente
 Á ser de todo humano obedecida,
 Miraba con furor é impaciente
 A la plebe mortal tan atrevida;
 La plebe la insultaba, inobediente,
 En clara rebelión, ya conocida;
 El más humilde y pobre ciudadano
 Hablaba con estilo soberano.
 La diosa en vano amenazaba, fiera,
 La rebelde ciudad castigaria;
 En vano publicaba, placentera,
 Las quejas de la plebe escucharia,

Y en vano de benigna y de severa
 Su cara en dos semblantes componia;
 El pueblo enfurecido no escuchaba,
 Y más su desacato propagada.
 El templo de la diosa (que solia
 Contener á millares los pastores,
 Que en dulce enamorada melodia,
 De sol á sol cantaban sus amores),
 Vacto y solitario, parecia
 Jardín ya despojado de sus flores;
 Hasta los sacerdotes desertaban
 De las aras del núnmen que adoraban.
 Y como son furiosos los excesos
 Que Vénus en el hombre ha suscitado,
 Cada día el furor hizo progresos
 En todo aquel imperio desgraciado;
 Fueron tan horribros los sucesos,
 Que estuvo el templo para ser quemado;
 Ni áun lo sagrado intacto permanece
 Cuando la plebe manda y no obedece.
 Dejaban los pastores sus ganados,
 Que libres se esparcian, sin gobierno,
 Por valles, montes, campos y collados,
 Teniendo otro cuidado más interno,
 De su apacible genio enajenados.
 A Chipre convirtieron en infierno;
 Inferirás, lector, de estos renglones
 Cuánto mudan al hombre sus pasiones.
 Hubo amante muy fino y muy constante,
 Que por ser de otro bando su adorada,
 Fanático, en su amor se hizo inconstante,
 Y su pasión primera fué inmolada.
 Alguna dama abandonó á su amante
 Por la misma razón tan ponderada;
 En fin, nada era amor, todo era abismo:
 Tanto puede en el vulgo el fanatismo.
 Ya veo á mi lector, sobresaltado,
 Querir saber la causa de este evento;
 Al que en un punto se halla interesado,
 La incertidumbre es el mayor tormento,
 Perdóname ¡oh lector enamorado!
 Si tardo en referirte aqueste cuento.
 He visto algunos sabios recrearse
 En ver al ignorante atormentarse.
 Diré la causa atroz de este fracaso,
 Y si quieres lograr tan alto objeto,
 El secreto ocultar en todo caso,
 Prométeme, lector sabio y discreto,
 Tu lengua no camine un solo paso,
 Pues no hay cosa más frágil que un secreto;
 Lo mismo un confidente lo proclama
 Que todas las cien bocas de la fama.
 Con motivo de hacerse un templo ufano
 En Chipre á la deidad de los amores,
 La imagen encargó su soberano
 Al más diestro de todos los pintores;
 Y pues pintar deidades es en vano
 Con los humanos débiles colores,
 A la idea dejó lo inasequible;
 Que ella suele alcanzar á lo imposible.
 Guiado de su idea el nuevo Apéles,
 Apura los primores de su ciencia,
 Y nunca obedecieron los pinceles
 Más sabios á copiar la inteligencia.
 Jazmines, azucenas y claveles
 Formaron una hermosa competencia;
 Una parte alabar de este retrato
 Sería sin razón, tras ser ingrato.
 Pero el pintor, dudoso si pondría
 Ojos negros ó azules á su diosa,
 Materia que apurarse merecía,
 Salía de su oficina primorosa
 Para decir la duda que tenía
 Al rey de aquella corte deliciosa,
 Entró en palacio, su sentir propuso,
 Y á tomar la respuesta se dispuso.
 El Rey dijo, prudente: «Esta materia
 No puede resolverse en un instante;
 Quiero que en una junta grave y seria
 Se trate una cuestión tan importante,
 Pues de una luz humana la miseria
 A decidir la duda no es bastante;

Cien matronas serán las congregadas,
En las materias de ojos afamadas.
Llegaron por encanto en un momento
Las ninfas que se habían convocado;
Se les pidió el debido juramento
Sobre un altar á Venus consagrado;
Juraron el tratar sin fingimiento
Cualquier asunto que les fuere dado;
¡Qué poca fe nos ha quedado, digo,
Cuando se pone al cielo por testigo!
El tribunal severo, majestuoso,
Se estableció en un bosque en que nacía,
Ya la hiedra, ya el mirto voluptuoso;
Travieso un arroyuelo le ceñía
Su curso detenido, pues curioso
Oír este congreso pretendía.
Mil aves en los mirtos lo escucharon,
Y después que lo oyeron lo hablaron.
Entraron las mujeres holandesas,
Más blancas que la nieve y más heladas,
Preciosas por su aseo las francesas,
Las turcas por los turcos despreciadas,
Hermosas en colores las inglesas,
De Italia las sirenas afamadas,
Casadas y doncellas (ó solteras)
Y vindas (reverendas embusteras).
Entraron las egipcias, las georgianas,
Asiáticos encantos las de Tiro,
Las altas y robustas circasianas,
Pero ¿qué es ¡oh Cupido! lo que miro?
¿Qué ninfas son aquellas que cercanas
Al mismo altar de la hermosura admiro?
¿Qué ninfas son aquellas, ó qué diosas,
Tan vivas, tan agudas y garbosas?
Apolo (cuyo curso cotidiano
De todo el orbe la redonda esfera
Llena de los favores de tu mano),
Suspende lo veloz de tu carrera;
Dime: ¿qué parte del jardín humano
Produce aquesta flor tan placentera?
Tus rayos de los suyos son despojos,
Pues tanto fuego dejas en sus ojos.
Ya conoces que son las celebradas
Ninfas del Manzanares, Ebro y Tajo;
El que mirare atento sus miradas,
Conocerá su gracia y agasajo;
Distinguirá estas ninfas adoradas
Con el vestido noble ó con el majo.
Tienen un no sé qué... que quien las mira,
No le olvida jamás, y más le admira.
Dejad ¡oh ninfas! que las extranjeras
Presuman de un color más delicado;
Una mirada vuestra ¡oh lisonjeras!
Es rayo contra un pecho fulminado;
Vuestros hermosos ojos son esferas
Que inspiran con influjo declarado;
Aqueste rayo es tanto más temible,
Cuanto es, por ser de un cielo, irresistible.
Cese la digresión, al caso vamos;
Lector (la pluma se me fué), perdona,
Pues cuando de las ninfas conversamos
Toda dilatación Venus abona;
A nuestro asunto principal volvamos,
Que con el fin se logra la corona;
Estoy para empezar, con el mantuano,
Aquello de *Arma, virumquecano*.
Mas como del desorden es la fuente
La conjunción, dispuso una britana
Que á la nobleza, en puesto preeminente,
La plebe no llegase, por profana,
Sino que en un paraje diferente
Se sentase la gente ciudadana,
Como en Londres (es fácil que repares)
Se apartan los comunes de los pares.
Las sultanas, cacicas y duquesas
En mullidos de rosa están sentadas,
Más allá las condesas y marquesas
Sobre alfombras de Tiro coronadas,
Hidalgas más allá se quedan tiesas
De verse entre señoras elevadas;
¡Orden entre mujeres quién creyera
Que todo el orbe junto consiguiera!

De diputadas de la plebe baja
La cámara común se componía,
La cómica asistía con la maja,
La naranjera y la limerá habia,
Y las del gremio atroz de la *naaja*,
Quinta esencia de majas se veía,
Y como en todas clases se enamora,
No hay clase que no dé procuradora.
Luego que se tomaron los asientos,
Una matrona noble y elegante
Su arenga pronunció á los parlamentos
Y el punto declaró tan importante;
¡Qué tropos, qué figuras, qué ornamentos,
Hijos de la elocuencia altisonante!
Con atención pasmosa lo escucharon;
Harto fué que el silencio conservaron.
Otra matrona fina y primorosa,
Sutil y delicada en estructura,
Alzó la voz y dijo artificiosa:
«¿Quién hubiera pensado tal locura?
Esta materia puede ser dudosa?
Supremo tribunal de la hermosura,
¿De este pintor no es rara la demencia,
Pretendiendo formar tal competencia?
» ¿Quién duda que el azul, bello senado,
Es el color del cielo? ¿Quién ignora
Que cielo llama el hombre enamorado
Al dueño idolatrado á quien adora?
Consta que el negro es más adecuado
Al llanto, de quien huye el que enamora;
Ergo, quiten lo negro y su tristeza
Del rostro que convida á la llaneza.»
Dictámen tan horrible fué aprobado
De inglesas, holandesas y alemanas,
Con todas las del clima más helado;
Mas no de las que al sol están cercanas;
De oji-negras doncellas un puñado
Contenían sus iras inhumanas;
Que alabasen lo azul les daba enojos,
Pues lo negro es la niña de sus ojos.
Una holandesa dijo: «Los cabellos
Rubios sin duda son los más hermosos,
Y ojos azules siempre andan con ellos
(Y no los negros, fieros y espantosos);
Con que, fuerza será reconocellos
Por dignos de los rostros prodigiosos.»
Del frío pecho la palabra helada
Carámbano del aire fué colgada.
Guiñándose con gracia las malvadas
Del oji-negro bando, se reían
De ver á las contrarias, que empeñadas
Estaban en probar lo que querían,
Y cómo despreciaban, enfadadas,
El color de los ojos que ofendían,
Ufanos en sus locos desvarios,
¡Que negros os pusieron, ojos míos!
Hasta que una oji-negra toledana,
Cansada de escuchar tantos agravios,
Dijo: «Estarás ¡oh ninfas! muy ufana
De lo que acaban de decir tus labios
(Echando una mirada tan galana,
Que bastara á rendir siete mil sabios);
Vaya, ¡qué breve un pleito se sentencia
Cuando sólo á una parte se da audiencia!
» Los ojos negros ¡oh senado hermoso!
Toda la vida han sido conocidos
Por sabios en el arte primoroso
De saber hechizar nuestros sentidos,
Si el negro es tierno para el amoroso,
Es fiero para los envanecidos;
El ojo negro es arma tan segura,
Que su herida mortal no tiene cura.
» He visto ojos azules apagados,
Cuanto negros he visto son ardientes;
He visto ojos azules despreciados,
Los negros nunca son indiferentes;
Con fundamentos fuertes y sobrados
A los negros declaro preeminentes.
Alarde no he de hacer de mi elocuencia;
Apelemos, si os gusta, á la experiencia.»
Con júbilo aplaudieron las bellas
El discurso elegante, fuerte y vivo

De la dama oji-negra; á sus verdades
Sus ojos daban no sé qué atractivo,
Y hubiera persuadido falsedades
Con el mismo despejo persuasivo;
Retórica eficaz es, á fe mía,
La que funda en sus ojos la energía.
Muchas este dictámen apoyaron
Con dulces y agradables reflexiones;
Las del opuesto bando se irritaron;
Los gritos añadiendo á las razones,
Se opusieron; las otras impugnaron,
Y ardió su parlamento en confusiones;
Sobre materias ménos importantes
He visto yo disputas semejantes.
Esta descompostura en la nobleza
De la cámara egregia de los Pares,
Lector, habrá notado tu agudeza;
Te pido que á más iras te prepares;
Que escuches de la plebe la fiereza,
Y con la de los nobles la compareza;
Sólo te advertiré que las mujeres
Son tercas en seguir sus pareceres.
De la cámara baja la elocuencia,
Con doble contonco y remolino,
Una limerá, maja de potencia,
Propuso el punto con primor ladino;
No hubo argumento en toda la majencia,
Que no pusiese con pasmoso tino;
Los ojos y el hocico reforciendo,
Dijo: «¡Naranjas! ¡Pues! ¡Qué tal! ¡Ya entiendo!
» Aquí estamos, muchachas del Barquillo;
Haremos de firmar todas gustosas
Que no queramos ojos del seplillo.»
Dijo una maja de las más famosas:
«¡Los azules? por vida de Juanillo,
Queden á las usías melindrosas...
Mi cielo amado tiene por linceros
Dos ojos negros como dos tinteros.
» De una cara con ojos de baraja,
¡Qué casa haría yo con azulejos!—
Pues no faltaba más, dijo otra maja,
Con el dejo más majo de los dejos;
En vano por lo azul usted trabaja;
Que se sentencie el pleito por los viejos,
Dijo. No digo más, acábase esto;
Que me temo, por Dios, un fin funesto.»
Una chula, famosa naranjera,
De los ojos azules abogada,
Dijo, muy puesta en jarras: «*Anda fuera*,
No he visto lengua yo más bien colgada;
Descanse usted, que es lástima se muera,
De las voces ardientes sofocada;
Sobre que digo yo que nunca he oído
Jilguerrillo de pico más pulido.
» ¡Vaya, qué tamiánica me ha dejao!
Pero yo también tengo lengua y pico,
Y ya que sus vocablos he escuchao,
Oiga usted el *aque!* con que me explico.
Defenderé el color tan agraviado
Por las bellas palabras de ese hocico;
Y si negais de mi razon lo fuerte,
Veréis cómo me explico de otra suerte.»
¡Bien! dicen unas, ¡mall otras dijeron!
Razones encontradas ostentaron,
Todas hablaron y no se entendieron;
Las bocas en su fuerte se encontraron,
Mas de ellas lo superfluo conocieron,
Y las uñas al lance prepararon;
Del argumento en el oscuro abismo
No faltará doctor que haga lo mismo.
Con esta variedad de pareceres
Las voces á los cielos han subido;
En la sala común de las mujeres
Nunca mayores gritos se han oído.
Yo te pido, lector, que consideres
Lo fuerte de la bulla y del ruido;
Mis pinceles no son azules sutiles
Para pintar batallas mujerieles.
En vano de la sala respetable
Baja un recado justo á las del trueno;
Estas al mensajero miserable
Despiden luego, de baldones lleno.

«¡Toma! (dijo una maja venerable),
¡Nos quieren las usías poner freno!
Más valiera también que las usías
Gastáran entre sí más cortesías.»
De tanta gritería alborotados,
Los pájaros huyeron al momento,
Y fueron por las tapias y tejados
Contando lo sangriento de este cuento;
Había mil pastores congregados
A oír la decisión del Parlamento;
Uno dijo: «¡Mujeres! bien decia
Que en gritos y en arañes pararía.»
Luego que por el pueblo hubo volado
Con alas, como el ave, cierta diosa,
A quien con tantas bocas ha pintado
La pluma de Virgilio artificiosa,
El vecindario, todo alborotado,
Hizo la controversia más furiosa.
¿Quién mete al necio vulgo en este punto,
Que es sólo para doctos digno asunto?
Curioso, y con motivo suficiente,
Deseas que te diga el paradero
De estrago tan fatal y tan ardiente;
Mas soy historiador y verdadero.
Deja que del archivo *fe faciente*
Saque algunos papeles que venero;
No sé cómo se escriben muchas cosas
Con aire de verdades fabulosas.
Prometo con prolijas narraciones
Decirte el fin del lance referido,
Luego que logre las apuntaciones
Que espero del archivo de Cupido;
Añadiré profundas reflexiones
De crítica y moral, como es debido;
Haré erudito alarde de profundo
En todas las doctrinas de este mundo.
Un hombre que pronuncia misterioso,
Con cejas levantadas ó arrugadas,
En tono magistral y silencioso,
De las materias ménos elevadas,
Consigue ser tenido por pasmoso
Entre las gentes necias y engañadas,
Y el vulgo, que por necio se alucina,
Del grave necio admira la doctrina.
Pues si es tan fácil, musa, ser tenido
Por hombre sabio, docto é importante,
Yo no quiero quedarme deslucido,
Sino afectar un aire interesante.
Prepárame, lector, tu amable oído
Y admira de mi estilo lo arrogante
En estas discusiones, y ahora acabo
Gustoso con que digas: ¡Bravo! ¡bravo!

OCTAVA.

Con motivo de conocer al joven Melendez, de exquisito gusto,
particularmente en las composiciones amorosas.

Cuando Laso murió, las nueve hermanas
Lloraron con tristísimo gemido,
Destemplaron sus liras soberanas,
Que sólo daban lúgubre sonido...
Gimieron más las musas castellanas,
Temándose entregadas al olvido;
Mas Febo dijo: «Alíentese el Parnaso;
Melendez nacerá, si murió Laso.»

OCTAVA.

Probando ser fábula la producción de los cuernos
en ciertas cabezas.

Moisés con cuernos pareció adornado,
Y no fueron sus cuernos verdaderos;
Dos cuernos á la luna han levantado
Los astrólogos, vanos embusteros;
Al demonio con cuernos han pintado,
Porque son los pintores majaderos;
Pues si todos los cuernos son fingidos,
¿Por qué han de creer en cuernos los maridos?